

MARÍA TERESA MELFI – IN MEMORIAN

DELIA SANTANA DE KIGUEL*

Por sus frutos los conoceréis
SAN MATEO, 7.16

Alguna vez habrá de escribirse la historia del Hombre a través de lo que es su esencia definitoria: el espíritu. No aparecerán en ella reyezuelos ambiciosos, ni guerreros "triumfantes", ni conductores de pueblos con sed de poder egoísta, guiando a las gentes hacia supuestos "Destinos de grandeza"; ni pequeños trepadores a la sombra de otros pequeños trepadores más rápidos en ocupar sitios de lustre banal y pasajero.

Están sí, aquellos a los que cuanto hicieron les interesó por sí mismo a despecho de glorias personales, por cumplir con el mandato de una vocación y sólo por la alegría de hacerlo.

Serán quienes supieron iluminar ese rincón del mundo por el que atravesaron sus vidas, dejándolo al partir, más rico, más bello, más esperanzado.

De esta historia que imaginamos con fuerza utópica, el protagonista será el hombre-creador. Artista, científico, curioso buceador del saber y la Sabiduría; hombre pensante en el hogar campesino o en cualquier humilde tarea ciudadana; con una guitarra en sus manos o frente a una computadora.

María Teresa Melfi fue uno de esos seres. Su honestidad intelectual fue también su grandeza de espíritu porque se proyectó en todos los órdenes de su vida. De La Vida. Honestidad en el *creer* y en el *hacer*; en el *hablar* y en el *callar*.

Así *creyó* en la bondad intrínseca del hombre, sin duda por haberla recibido de los más disímiles seres. De los niños que nunca se equivocan en sus sentimientos y de aquellos hombres y mujeres que en rincones alejados de nuestra "civilización" (¡cultura letrada!), suelen parecerse a los niños.

Así supo *hacer*, recogiendo sin prejuicios (ni pre-conceptos) esos tesoros con los cuales la tradición va formando el alma de los pueblos. Un *hacer* sin prisa, capaz de mirar atrás para nutrirse de lo que descubrieron y forjaron quienes la precedieron en la tarea de investigar. Porque María Teresa no necesitó alimentar y gastar esfuerzos iconoclastas, consciente del valor de sumar y no restar. Pero no le faltó el juicio crítico, especialmente dirigido hacia sí misma.

En el *hablar* y en el *callar*, demostró siempre “nuestra María Teresa” –como supiera llamarla Isabel Aretz– que su hablar y su callar eran trasunto fidelísimo de su pensar, su sentir generoso, Cristiano.

Porque no supo decir No a la ejecución de ninguna tarea que tocara el campo de la investigación musicológica, le dio a ésta lo mejor de sí misma. Su tiempo. Tiempo muchas veces hecho de renunciamientos, grandes o pequeños, pero siempre valiosos para quien sabía disfrutar de una conversación o de la simple charla sin tiempo; de los afectos cultivados en la familia “de sangre” y en la otra más amplia que supo regalarnos a sus amigos.

En la magna tarea creativa que hable de nuestra época en el futuro, brillarán los músicos y los poetas, los pintores, los científicos, y los hombres buenos con sus obras buenas.

En la acción de rescatar las voces que cuenten y canten la memoria de esta misteriosa América mágica, perdurarán los músicos y poetas –que unen ciencia y arte– en el ejercicio de la Musicología.

En esa tarea fue incansable nuestra María Teresa; durante los veinte años que permaneció en Venezuela (becada primero y “adoptada” después) en el Instituto Interamericano de Etnomusicología y Folklore (INIDEF), y más tarde como Directora de Documentación y Extensión (DIDEX) de la Fundación de Etnomusicología y Folklore del CONAC (FUNDEF). Y, antes y después, desde su Argentina, ingrata, hasta ayer nomás.

Allá en Venezuela fueron reconocidas sus capacidades y su formación en la Facultad de Artes y Ciencias Musicales de la Universidad Católica Argentina, recibida – en el amplio campo del saber musical- de maestros de la talla de Ginastera, Sáenz, Suffern, Giacobbe, Epstein, García Acevedo, entre otros; de un Battistessa y Pastor Landesberger en el de las Letras y las Artes Plásticas; de un saber humanístico emanado de las cátedras de Filosofía, Filosofía del Arte y Teología y, en el amplio y profundo saber musicológico, de maestros como Arias, Aretz, Ayestarán y Vega.

Muchos países latinoamericanos supieron de su infatigable y amorosa tarea entre aquellos informantes que más de una vez confesaron tímidamente: “yo canto de oído nomás, de oreja...”, ignorantes de que ésa es precisamente la esencia del ser músico. Ella lo sabía muy bien.

Sumergida en el estudio de los ritos afro-americanos en su sincretismo rico en manifestaciones musicales, nos trajo en alguna de sus visitas, un asombroso material de Haití y República Dominicana que expuso en amenas y eruditas comunicaciones.

Abordar la obra ciclópea que realizaron Isabel Aretz y Luis Felipe Ramón y Rivera en Venezuela, en el terreno de la Etnomúsica y el Folklore, es encontrar a cada paso, en las dos últimas décadas, el nombre de María Teresa Melfi. Los frutos de sus viajes y trabajos de gabinete aparecen en publicaciones especializadas, monografías, colecciones sonoras y visuales de las que no se podrá prescindir para cualquier estudio serio en ese campo que aún guarda muchos secretos.

Intervino en proyectos multinacionales de la OEA en varios países americanos, y en cumplimiento de esos planes volvió algunas veces a la Argentina.

Entre las distinciones que premiaron su fructífera trayectoria, fue nominada para el premio Konex, recibiendo el diploma que la distinguía como una de las cien figuras más destacadas en música durante la década 1990-1999. Ya en el regreso definitivo a su patria, pudo transmitir algo de su vasta experiencia en su paso por la cátedra de Introducción a la Musicología de la Facultad de Artes y Ciencias Musicales de la Universidad Católica Argentina.

Pero fue el Instituto Nacional de Musicología Carlos Vega el que supo –hasta los últimos días– de su responsable tarea proyectada hacia la documentación y difusión del rico patrimonio conservado y acrecentado día a día. Allí dolerá –y mucho– su ausencia.

Cesó el gozo de nuestro corazón:

Nuestro corro se tornó de luto.

LAMENTACIONES 5.15

Indios, mulatos, negros, criollos de distintas latitudes americanas le dieron, a María Teresa Melfi, los tesoros de su memoria. Ella supo –como unos pocos elegidos– rescatarla de tantos olvidos. Sus músicos respondían, sorprendidos ellos mismos de sus recuerdos.

Pienso en María Teresa entrando al Teatro Presidente Alvear de Buenos Aires y nuestros payadores yendo alborozados a su encuentro por entre las plateas, en uno de sus regresos desde Venezuela.

Y ahora, cuando llega desde tantos lugares, cercanos y lejanos de América el sentimiento por su pérdida, se nos revela en toda su dimensión el ancho campo sembrado por esta valiosa argentina.

Las palabras llegan con el reconocimiento de su excelencia profesional pero con una carga extra del afecto que fue creciendo en cada uno de quienes la conocieron, a pesar de la lejanía de tiempo y espacio.

Nos apena pensar que su corazón pudo haberse quebrado por la fuerza de injusticias e ingratitudes. Preferimos creer que fue por tanto dar y querer.

* **Delia Santana de Kiguel:** Egresada de la Facultad de Artes y Ciencias Musicales como Lic. en Musicología (Especialidad Musicología y Crítica Musical), fue cofundadora de este Instituto, en el cual se integró, desde su fundación y como Miembro Activo, al Archivo Histórico-Documental, en el cual desarrolló una valiosísima labor rescatando las importantes cartas intercambiadas entre Carlos Vega y musicólogos de España y EE.UU., publicadas en los primeros números de esta Revista. Posteriormente conformó el Grupo de Estudios Musicológicos (GEM) con el cual desarrolló una intensa actividad de difusión radial de la música latinoamericana. Ha publicado numerosos artículos periodísticos sobre canciones infantiles, el Cante Jondo, el Folklore Musical de las Islas Canarias, el Folklore argentino del área pampeano-patagónica y de la Prov. de Entre Ríos y es coautora del libro *Música Tradicional Argentina- Aborigen-Criolla*.